



## CAPÍTULO XVIII

Ultimo imperio de Babilonia.—Restauracion del imperio de Babilonia.—Nabonasar y sus primeros sucesores.—Nabopolasar, Nabucodonosor.—Ruina y cautiverio de los judíos.—Conquistas de Nabucodonosor.—Restaura la torre de Babel.—Otras grandes obras suyas.—Orgullo y castigo de Nabucodonosor.—Su muerte.—Los profetas en Babilonia.—Ultimos reyes de Babilonia.

Destruida Ninive, el Asia pudo conceptuarse libre por algun tiempo; habia hecho un grande esfuerzo, pero este esfuerzo fué en vano; solamente habia cambiado de soberano.

Babilonia, que acaba de tomar la venganza contra Nabopolasar, recobra su poderío. Se habia estado preparando con grandes elementos.

Desde que Nabonasar, Nabunasir, inaugurando su era sacerdotal, habia hecho su primer ensayo de independencia, el yugo de los reyes de Nínivé habia sido soportado con impaciencia y con frecuencia sacudido. Hemos visto á los más temibles predecesores de los Sargónidas, y á los mismos Sargónidas en las conquistas con aquellos sacerdotes-reyes que era necesario ir domando sin cesar, y cuya resistencia era un peligro constante. El nombre de estos príncipes es bastante oscuro (1), salvo el de Herodoch-Baladan, el enemigo perseverante de Sargon y Sennaquerib. Fué destronado despues de una larga lucha, y reem-

(1) Hé aquí los nombres de los príncipes segun los cánones de los sacerdotes caldeos. Aún no se han identificado más que algunos nombres:

Nabonasar, 747-733.  
Chinzir (Nabu-inkin-sir), 731-728.  
Porus, 728-726.  
Ingeo, 726-721.  
Merodach-Baladan (Bil-id-dan), dado por Belo, ó Mardo-kempad, 721-709.  
Ackiamus, 709-702.  
Belibus, 702-695.  
Aporonadius, 695-693. Es el Assur-Niadinsu, hijo de Sennaquerib.  
Rigebelus (Irib-ahi-bel), 693-692.  
Messesi-mordak (Musi-si-Dorduk), 662-625.  
Nabopolasar, 625.

plazado por Assur-Iddin, uno de los hijos del vencedor. Sin embargo, se necesitó que Assar-Haddon cooperase á ello; otro rebelde, Samos-dorukin, el Saosdukín de los griegos, fué destronado, y el rey de Nínivé dió su trono á Nabu-Sellin, que dijo respetaba la ley, y que era «hijo de Baluza», Belesis, refiriéndose á la dinastía del padre de Nabonasar (1).

Desde entonces Babilonia parece resignarse á la sujeción. Pero de repente «he de suscitar á los caldeos, dijo el Señor; á esta nación cruel y de increíble actividad, que corre por todos los países para apoderarse de las casas de otro. Lleva consigo el horror y el espanto, no reconoce otro juez que á sí misma, y libra bien en sus empresas. Sus caballos son más ligeros que los leopardos y más rápidos que los lobos que corren hambrientos. Su caballería se extenderá por todas partes, y sus jinetes volarán como el águila que va detrás de la presa.»

En efecto, Nabopolasar, el hijo protegido de Nebo, que habia recibido el encargo del nombre del rey de Nínivé, de combatir á las hordas escitas invasoras, habia vuelto sus armas vic-

(1) Esto es lo que puede inferirse de la siguiente inscripcion, que figura en el prisma de Assar-Haddon. «Llamé al orden al país de Bel-Dakkusi, que está situado en la Caldea, cerca de Babilonia, donde se habia establecido Samos-dor-ukin, el rey, el impío, el frívolo, que no tenia veneracion al Señor de los señores. Habia arrancado, en su malicia, las tablillas de los hombres de Babilonia y de Borsippa; pero yo, en mi respeto por el sublime maestro y por Nebo, restituí estas tablillas, entregándolas á los hombres de Babilonia y de Borsippa. Puse sobre su trono á Nabu-Sellin, hijo de Balazu (Belesis), que respetaba las leyes.

toriosas contra un soberano, y sobre las ruinas del imperio de los Sargánidas habia establecido una nueva dominacion.

Es verdaderamente un fundador de dinastía. Las tentativas le fortifican, y se mantiene frente á frente del Asia sublevada. Los egipcios fueron los primeros en hacer la experiencia de su poder. Venian de lejos con Neco á tomar la última defensa contra la Asiria y llegaron ya tarde. Habiendo forzado el paso de la Judea, estaban orgullosos de haberse apoderado de Carchemis; este éxito les costó caro, y del mismo modo á todos los pueblos que él habia tratado de sublevar.

Nabopolasar, valiente al constituirse su imperio, habia mandado á su hijo contra el enemigo y á su lugarteniente, asociado quizás á su soberanía, *Nabuchudur-asur*, Nabu-cad-netza ó Nabucodonosor. El Faraon y sus aliados fueron destrozados sin consideracion á Cakemmis, y como dice la Escritura, «desde aquel tiempo el rey de Egipto no salió más de su reino, porque el rey de Babilonia se habia apoderado de todo lo que pertenecia á su enemigo desde el torrente de Egipto hasta el rio Eufrates.»

Nabucodonosor persiguió á Faraon hasta sus fronteras, y á su vuelta se llevó los cautivos de Judá. Se apresuraba por volver á Babilonia; pero en el camino supo la muerte de su padre, y temió perder el trono, aun no bien consolidado. Los caldeos le recibieron con grandes aclamaciones, y á ellas correspondió él con gigantescas empresas, llevando de frente las gloriosas fatigas de la guerra y los grandes trabajos de la paz. Gran capitán, eminente administrador, Nabucodonosor ambiciona igualar ó exceder en fama al constructor que habia dado tanto brillo á las precedentes dinastías.

Sirvió desde luego de «azote de Dios» contra el pueblo israelita. Joaquin habia intentado hacerse independiente; pero es derrotado y llevado á Babilonia cargado de cadenas. Tres meses despues Jeconias se ve obligado á rendirse á discrecion con sus mujeres, su madre y sus siervos. Nabucodonosor va en persona á Jerusalen, saquea el pueblo, se lleva sus tesoros y consigo á los valientes del reino, dejando por

compasion al jóven Sedecias sobre el trono de Judá deshonrado.

Estaba ya para acabar el reino de David; larga y terrible fué en extremo su agonía.

Sedecias, aliado con los egipcios y tirios, se creyó bastante fuerte para provocar al rey de Asiria. Los ejércitos de Nabucodonosor llegan á Jerusalen, volviéndose un instante para derrotar los batallones del Faraon. Ou-pera-het Apriés, de cuyo combate regresan embriagados con la victoria, y por espacio de diez y ocho meses, ofrecen á la ciudad santa todos los horrores de un sitio. Los judíos se defendian como leones; solamente el hambre puede reducirles. Nabucodonosor consigue capturar á Sedecias, condena á su hijo á morir á presencia suya, y despues da orden de que le saquen los ojos. El templo y los palacios son abrasados por Nabuzardan, lugarteniente del rey de Asiria; el gran sacerdote es degollado, y los desgraciados hijos de Judá van á colgar sus arpas en los árboles del rio de Babilonia.

Llega su turno al Egipto, que va á ser tambien desolado, á la Fenicia que ve hundirse á Tiro despues de trece meses de sitio, á la Idumea y á los Ammonitas, cuya esclavitud completa el triunfo del asirio sobre toda el Asia occidental. Ezequiel habia anunciado este fin á estos países, cuando dijo: *Era un servicio hecho á Dios* (1).

Estas conquistas eran más bien religiosas que políticas. Nabucodonosor se hace el representante de la antigua supremacia de las divinidades babilónicas; conviene ver con qué cuidado y solicitud releva su culto, y cómo procura resucitar la gloria de Belo, de la ciudad «del diluvio» (2), de la pirámide de Nemrod, de la «torre de los siete pisos» (3). Este esmero, reconocido en nuestros dias, volverá á poner de manifiesto los recuerdos de las primeras edades del mundo, y será una admirable confirmacion

(1) Ezequiel, cap. XXVI y siguientes; Daniel, capítulos IV, V, XXVIII, XXX.

(2) *Bab-il-u*, nombre de Babilonia, quiere decir puerta ó corte del Dios del diluvio.

(3) En todas las inscripciones se le da el nombre de reedificador de la pirámide y de la torre.



del *Libro sagrado*, que es el único que escribió sus anales.

Conviene también que dejemos hablar al mismo rey.

«Nabucodonosor, rey de Babilonia, siervo del Sér eterno, testigo de la inmutable afección de Merodach, poderoso emperador que exalta á Nebo, el salvador, el juez que atiende á las instrucciones del Dios Supremo, el vicario de los dioses que no abusan de su poder, el reedificador de la pirámide y de la torre, hijo primogénito de Nabopolasar, rey de Babilonia, ese soy yo!

»Nosotros decimos Merodach, gran señor que me ha engendrado, el que me dió orden de reconstruir sus santuarios. Nebo, que vela por las legiones del cielo y de la tierra, dió á mi mano el cetro de la justicia.

»La pirámide es el templo del cielo y de la tierra, la morada del Señor de los dioses, Merodach; hice recubrir con oro puro el santuario donde descansa su soberanía.

»La torre, la mansion eterna, yo la reedifiqué con plata, oro y otros metales; con piedras y ladrillos barnizados, con cipreses y cedros; yo terminé su magnificencia.

»El primer edificio, que es el templo de bases de tierra, y al que se refiere el más antiguo recuerdo de Babilonia, yo le edificué y coloqué su remate.

»Por lo que hace al otro edificio, decimos:

»El templo de siete luces y al que se refiere el más antiguo recuerdo de Borsippa (1) fué edificado por un rey antiguo (desde él se cuentan cuarenta y dos vidas humanas), pero que él no colocó su cima. Los hombres le habían abandonado desde los tiempos del diluvio al más completo desorden. El temblor de tierra y el trueno habían conmovido los adobes é hicieron ladrillos con los restos; los adobes se habían amontonado en forma de colinas.

»El gran Dios Merodach ha obligado á mi corazón á reedificarle; yo no he variado el lugar de su fundación. En el mes de la salvación, en el día venturoso, puse bajo bóvedas el adobe de la parte maciza ó interior y los ladrillos

(1) Borsippa quiere decir «lugar de la dispersión de las tribus.»

de los revestimientos. Inscribí la gloria de mi nombre en los frisos de las bóvedas.

»Me puse manos á la obra para reconstruir la torre y á levantar en ella su remate; según estaba en otros tiempos, así la reedifiqué yo; coloqué su cima como debió estar en los tiempos más remotos.

»Nebo, que á tí mismo te engendras, inteligencia suprema, dominador que exalta Merodach, sé propicio á mis obras y á mi gloria... Concédeme para siempre la perpetuidad de mi raza, una fecundidad siete veces mayor, la solidez de un trono, la victoria de mi espada, la pacificación de los rebeldes, la conquista del país enemigo.

»En las columnas de tu eterna mesa, que fija las suertes del cielo y de la tierra, consigna el curso afortunado de mis días, inscribe en ella la fecundidad.

»Imita á Merodach, rey del cielo y de la tierra, al padre que te ha engendrado; bendice mi obra, sosten de mi dominación.

»Que Nabucodonosor, rey que edifica las ruinas, permanezca á tu vista (1).»

Estos trabajos de restauración, que tan bien caracterizan las tendencias sacerdotales de Nabucodonosor, no son más que el preludio de otras obras gigantescas y admirables.

El gran recinto recobrado por Nabopolasar se ha terminado (2). Un palacio más suntuoso que los demás se levanta á uno de los lados de la ciudad con pasmosa rapidez, y sus vastos terraplenes vienen á ser otros tantos jardines pensiles. Nada le costaba embellecer la «ciudad de su reinado» (3).

(1) Hemos ya señalado la importancia de esta inscripción, que es un verdadero comentario de la Biblia. Véase el t. I de esta historia.

(2) «Imgur-Bel, dice Nabucodonosor en una inscripción y Nivitti-Bel; los dos grandes recintos de Babilonia, yo los he construido. Levanté en forma de pared escarpada y con argamasa y ladrillos los fosos, colocando en su medio las calles.» Es precisamente lo que dice Herodoto, lib. I, cap. CLXXIX. La totalidad del gran recinto comprendía un espacio de 513 kilómetros cuadrados, la extensión del Sena, siete veces la dimensión de París en 1864. Son 4.000 *mahargagar*, «que, según otra inscripción, forman la superficie de Babilonia,» y corresponde á los 480 estadios de Herodoto.

(3) «Nabucodonosor, rey de Babilonia, restaurador



Enormes fortificaciones la defienden por todas partes, especialmente contra las invasiones de los medos. Puertas de acero, rampas y enrejados cierran la ciudad; grandes calles la cruzan (1); magníficos edificios y espléndidos templos constituyen su ornato (2). Grandes diques contienen sus rios, y sus numerosos canales de riego llevan por do quiera la frescura y la fertilidad (3).

La solicitud y cuidado por las provincias responde al que preside al renacimiento de la capital. Un canal real, inmensos lagos facilitan el comercio y favorecen la agricultura, y un

de la pirámide y de la torre, hijo de Nabopolasar, rey de Babilonia, ese soy yo.

»Yo construí el palacio, el lugar de mi real persona, el centro de Babilonia; eché los fundamentos á las grandes excavaciones bajo el nivel del rio; ordené su construcción sobre columnas recubiertas de betun y de ladrillos.

»Con tu asistencia ¡oh Dios Merodach! edificué este palacio indestructible. Que Dios ocupe el trono de Babilonia; que en ella establezca su residencia, y que por mi causa haga que el número de los nacidos se multiplique; ¡ojalá que el pueblo de Babilonia pueda dominar hasta los más remotos tiempos!»

(1) «Hice juntar en las grandes puertas hojas de acero, rampas y enrejados, y engrandeci maravillosamente las calles de la ciudad de Babilonia.... En los terrenos más elevados construí grandes fortalezas; eché sus fundamentos bajo de las aguas; fortifiqué con arte estas circunvalaciones.»

(2) «Edifiqué en Babilonia el templo sagrado, la casa de Aylitta Zarpanit (la sublime soberana), que está en el centro de la ciudad, en honor de la soberana sublime, la reina augusta de los dioses.

»Hice construir con betun y ladrillos un *Khan* cuadrado; formé las bóvedas de los nichos interiores con tierras amasadas.

»Soberana de los dioses, madre augusta, sé en todo propicia, que salga yo bien en todas mis obras con tu ayuda.» En otra parte habla de los santuarios de Merodach, de Nebo, de Sin, de Samos, de Ao y de Ninip.

(3) «Las aguas que corren por el canal del Sol habían sido descuidadas desde los tiempos del diluvio. El cauce hecho en la tierra había sido ya destrozado. Tapé todas las grietas del terreno y alargué el curso del canal. A partir del Eufrates hasta Mibursabu, hice diques con betun y ladrillos, y en Mibursabu, cerca de Babilonia, profundicé el interior del canal, colocando en él algunas presas, á la gloria del dios Merodach, el Señor sublime.»

»Merodach, gran dios sublime, tú que estás lleno de majestad, sé propicio! ¡Concédeme la vida hasta los más remotos tiempos, una gran fecundidad, la estabilidad del trono y la victoria del puñal!»

puerto fundado en Teredon abre la navegación del Golfo Pérsico.

Nabucodonosor había superado en gloria á sus antepasados; sometió el Asia y redujo á los judíos al cautiverio; había hecho del «corazón del reino» una de las maravillas del mundo. Dirigiendo sus miradas hácia sus obras, decía: «Yo soy el que he edificado esta gran Babilonia.»

Llenóse de orgullo. Levantó una estatua de oro, ordenando á todo el pueblo y á los hombres de todos los países, «que se prosternaran ante ella y la adoraran» (1).

Sólo los tres jóvenes hebreos, amigos de Daniel, se habían atrevido á rechazar esta orden impía; y milagrosamente librados del horno, vieron que el rey rendía el homenaje debido al Dios de Israel. Examinando detenidamente las inscripciones babilónicas, se notan aún los vestigios de esta especie de sumisión que Nabucodonosor rindió al Dios de Azarias, de Misael y de Ananías.» En efecto, hace comprender que él se ejercitó en el culto del Dios de los buenos pensamientos, que examinó los deseos de su corazón, hasta en sus motivos, y se humilla como una criatura ante la mano del Señor (2). Estos sentimientos no fueron de larga duración, por lo que nuevos motivos de soberbia le acarrearón un castigo terrible y vergonzoso.

(1) Esta estatua era de oro; tenía sesenta codos de alta por seis de espesor. Levantábase en la *Doura* de Babilonia. M. Oppert reconoció en la *Doura* el recinto exterior, en un lugar dicho *Toloul-Doura*, una colina «orientada con los cuatro puntos cardinales:» cuando se la ve compréndese al punto que tiene una grande analogía con el pedestal de una estatua colosal, y todo hace creer que allí se encontraba la estatua. (Oppert, *Expedición científica á la Mesopotamia*, t. I, págs. 237-39.) La estatua erigida por Nabucodonosor era probablemente la estatua de uno de sus dioses. (Véase al abate Darras, *Historia de Egipto*, t. III, pág. 330 y siguientes.) Pocas obras son tan completas sobre Daniel y su tiempo.

(2) Inscripciones de la columna dicha de la Compañía de las Indias. Cosa notable: las formas con que la Biblia refiere la orden de Nabucodonosor, son absolutamente las mismas que se encuentran en los monumentos asirios. «Yo soy Nabucodonosor.» Se dirige á los «pueblos de todas las lenguas.» Además, cada detalle de la relación de Daniel, las circunstancias de los vestidos, de los ornamentos, todo aparece en las esculturas y en los bajo-relieves modernamente descubiertos.



Atacado de una locura miserable (1), quedó separado de la sociedad de los hombres, viéndose precisado á sustentarse con yerbas del campo, dejando crecer las uñas y los cabellos. Dios, sin embargo, tuvo compasión de él y le devolvió la razón. ¿Será acaso á este período de su vida al que hace alusión cuando dice: «Mero-dach, acepta mi humillación y concédeme la prolongación de mi vida hasta los más remotos días?» (2). La coincidencia es por lo menos bien notable.

Poco tiempo después murió Nabucodonosor. Babilonia había alcanzado bajo su reinado todo su esplendor. El comercio, el lujo, la religión, llamaban allí á todos los pueblos; el colegio de sus sacerdotes estaba triunfante, á pesar de las vergonzosas derrotas que experimentaba de parte de Daniel y de los judíos. Los arameos se apoderaban de algunos restos de verdad con que adornaban sus sistemas. Los filósofos de las naciones venían á consultarles, y de aquí que llevarán á sus países estas reformas, que en más ó en menos tienen un carácter tomado de los libros santos y de las tradiciones bíblicas, entonces esparcidas por todas partes.

La ley de Moisés es un lazo indestructible; los judíos la observan sin perder su nacionalidad. Esta nacionalidad errante, conquistada con frecuencia, á cualquiera clima que sea trasportada, estará bajo la mano de Dios, con sus ciudades, en medio de las cuales ha sido arrojada. A Babilonia siguió la profecía á los cautivos, y la profecía preside á la ruina de Babilonia, del mismo modo que preside á la ruina de Sion. Mientras que Jeremías se lamenta sobre las ruinas de Jerusalén, otros hacen entender sus severas palabras á los corrompidos monarcas de la Caldea y á los funestos sucesores de Nabucodonosor.

Cuando Avil Marank (Evilmerodac), que puesto en la cárcel por su padre con Jeconías, acordándose de su compañero de cautividad, fué

(1) Se cree que esta locura era la licantropía. La Biblia dice que esta locura le duró «siete espacios de tiempo,» sin indicar si son meses ó años.

(2) Inscripción relativa á las murallas de Babilonia.

asesinado por Nergal-Sarr-Azar (1) (Neriglisor (560), Daniel veía claramente que el coloso vacilaba sobre su base de arcilla, según lo había anunciado cuando Nabucodonosor estaba en el apogeo de su gloria. Hé aquí las palabras del Señor: «Yo traeré contra Babilonia los pueblos reunidos del Aquilon (2). Acudid, pues, medos y persas; ya aparece este pueblo «que monta á caballo» (3).

Neriglisor, horrorizado del poder de los medos, reunió en una gran liga toda el Asia Menor, los lidios con Creso y la India misma. Pero en estos combates, en que la flecha de sus soldados no detenía á los iraníes que se precipitaban espada y hacha en mano, fué batido y pereció á la segunda vez. Bel-Labar-Istroch (Labrosoarcod) creóse muchos enemigos y huyó para siempre; finalmente (554), Nabonid (4) y Bal-Sarr-Assar (Baltasar), ocupan los últimos el trono. Antes de la catástrofe, una nueva Semiramis reparó las fortificaciones, construyó los diques y restableció las murallas de ladrillo de Babilonia. Madre de Nabonid, terminó estos trabajos, que su hijo no disfrutara más que un momento. Ciro, el «carnero que viene del Oriente» para castigar, los destruye.

La dominación caldea será atacada en los muros de la capital. Era necesario que acabara; la corrupción aumentaba en este centro; el orgullo y los vicios de la gran ciudad del Oriente clamaban venganza. Baruch no había podido ver sin horror esta grosera idolatría y sus impuros sacrificios á los dioses de oro y de plata (5). Isaías había dicho: «Oh virgen de Babilonia! siéntate en el suelo, no estés más en el trono; tu sabiduría y tu ciencia te han perdido. Tú, tú misma dijiste: «Soy soberana.» En el día señalado ya no existían «*estos encantadores con todos sus secretos de magia,*» ni esta

(1) Relativa á él hay esta inscripción: «Nergal-Sarrazar, rey de Babilonia, conservador de la pirámide y de la torre; este es el que realizó grandes cosas.»

(2) Jeremías, caps. XXVIII, L.

(3) Ibid.; véanse las otras profecías, *passim*.

(4) Sellama á sí mismo «Nabonid, rey de Babilonia; conservador de la pirámide y de la torre, maestro sábio.»

(5) Baruch, cap. V.



muchedumbre de consejeros, «*estos agoreros que estudian el cielo, que contemplan los astros y cuentan los meses para anunciarte por ellos las cosas venideras*» (1). Joél se había hecho entender. Jeremías había tronado contra estos procedimientos sacrilegos y falaces de la casta, contra estas infamias de todo el pueblo. Había escrito en un libro todos los males que debían caer sobre Babilonia; hizo llevar este libro por Sarayas, con orden de leerle, añadiendo: «Cuando acabes de leer este libro, le atarás á una

(1) Isaías, cap. XLVII, vs. I y XII.

piedra y le arrojarás en medio del Eufrates, y dirás: «*Así será sumergida Babilonia*» (1).

La historia de la ruina de Babilonia es completamente sobrenatural; la profecía describió todas las circunstancias de ella. Los setenta años de Jeremías, las siete generaciones de Baruc, se cumplieron: «*Esta hija de ladrones*» (2) será saqueada, y esto sucederá en una noche de fiesta y regocijo que se adormecerá para siempre. Ciro está á sus puertas.»

(1) Jeremías, cap. XXXI, v. LX. Véase también á Joél, Habacuc, Miqueas.

(2) Miqueas.